

Yo no he estudiado griego

José Ignacio de Arana

Médico y escritor. Madrid (España)

Durante la exploración de un paciente en una de las salas del hospital, acompañado por un médico residente de primer año, le señalé a esta la presencia de una pequeña mácula en el tórax, situada en la línea media clavicular, unos centímetros por debajo de la mama.

—¿Qué te parece esto?

—No lo sé.

—Es una politelia rudimentaria —le dije.

—¿Y eso qué es?

—Politelia. ¿Qué significa en griego? —le pregunté.

—Es que yo no he estudiado griego —respondió.

Y en ese momento confieso que me quedé perplejo por unos instantes. *¿Cómo que no has estudiado griego? Eres médico. ¿Qué son sino griego y latín más del 80 % de las palabras que has aprendido y que utilizas continuamente en esta profesión?*

La residente me dirigió una mirada de entre sorpresa y desdén; y a mí me vino a la memoria el personaje de Argán, protagonista de la comedia de Molière *El enfermo imaginario*, aquél que se sorprendió al conocer que hablaba en prosa sin saberlo.

Con demasiada frecuencia sucede esto entre nuestros colegas. Admitimos en nuestro lenguaje sin empacho, e incluso como alarde de «estar al día», términos procedentes de idiomas foráneos que son «lenguas vivas», y de forma destacada el inglés, mientras que ignoramos el colosal fondo etimológico grecolatino —y otro tanto podríamos decir del árabe clásico— del que en realidad se nutre nuestro vocabulario profesional.

Una vez más, la carga de la culpa la debemos asumir quienes ejercemos alguna labor docente en las facultades de Medicina. No es descabellado dedicar unos segundos durante las explicaciones a referir a los alumnos el origen de los nuevos términos que se introducen en cada lección; además, sería una forma de fomentar el humanismo del que tanta carencia padecen el pensamiento y hasta el ejercicio médico actuales.

Reproducido con autorización de «El laboratorio del lenguaje», de *Diario Médico*:

<www.diariomedico.com/blogs/laboratorio>